

Por el autor de *El código Da Vinci*

DAN BROWN ORIGEN



ORIGEN

DAN BROWN

ORIGEN

Traducción de Aleix Montoto y Claudia Conde

EDICIÓN NO VENAL

Extracto

Título original: *Origin*

© Dan Brown, 2017

© por la traducción, Aleix Montoto y Claudia Conde, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición del libro completo: octubre de 2017

ISBN de la obra completa: 978-84-08-17708-1

Composición: Víctor Igual, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PRÓLOGO

A medida que el viejo funicular ascendía lentamente la pendiente vertiginosa, Edmond Kirsch contemplaba la irregular cumbre de la montaña. A lo lejos, construido en la pared de un acantilado escarpado, el enorme monasterio parecía colgar en el aire como si estuviera soldado al precipicio por arte de magia.

Este atemporal santuario de Cataluña había soportado el implacable tirón de la gravedad durante más de cuatro siglos sin faltar nunca a su propósito original: aislar a sus ocupantes del mundo moderno.

«Irónicamente, ahora serán los primeros en conocer la verdad», pensó Kirsch, preguntándose cómo reaccionarían. A lo largo de la historia, las personas más peligrosas siempre habían sido los hombres de Dios... sobre todo cuando sus dioses se veían amenazados. «Y yo estoy a punto de arrojar una lanza en llamas a un nido de avispas.»

Cuando el funicular alcanzó la cumbre, Kirsch vio la solitaria figura que lo esperaba en el andén. Un hombre de frágil constitución ataviado con una tradicional vestimenta católica: sotana negra, fajín y solideo púrpura y roquete blanco. Kirsch reconoció los enjutos rasgos que había visto en distintas fotografías y sintió una inesperada oleada de adrenalina.

«Valdespino ha venido a recibirme en persona.»

El obispo Antonio Valdespino era una figura importante en Espa-

ña: no sólo se trataba de un fiel amigo y consejero del mismísimo rey, sino también de uno de los más firmes e influyentes defensores de la preservación de los valores católicos conservadores y las políticas tradicionales.

—Edmond Kirsch, supongo —dijo el obispo en cuanto Kirsch descendió del vagón.

—El mismo —afirmó éste sonriendo y extendiendo un brazo para estrechar la huesuda mano de su anfitrión—. Obispo Valdespino, quiero agradecerle que haya hecho posible este encuentro.

—Y yo aprecio que usted lo solicitara. —La voz del obispo, clara y penetrante como el repique de una campana, era más fuerte de lo que Kirsch había esperado—. Los hombres de ciencia no suelen acudir a nosotros en busca de consejo, y menos todavía los de su relevancia. Por aquí, por favor.

Mientras Valdespino guiaba a Kirsch por el andén, el frío viento agitó las faldas de la sotana del obispo.

—Debo confesar que no tiene el aspecto que imaginaba —dijo Valdespino—. Esperaba a un científico, pero usted parece bastante... —Miró el imponente traje Kiton K50 y los zapatos Barker de piel de avestruz que llevaba su invitado—. «En la onda», creo que se dice.

Kirsch sonrió con educación. «La expresión “en la onda” pasó de moda hace décadas.»

—Aunque he leído la relación de sus competencias —dijo el obispo—, no me ha quedado claro qué es exactamente lo que hace.

—Estoy especializado en teoría de juegos y en modelos informáticos.

—Entonces ¿se dedica a crear juegos de ordenador de esos con los que juegan los niños?

Kirsch notó que el obispo estaba fingiendo su ignorancia con la intención de mostrarse anticuado. Sin embargo, Valdespino estaba increíblemente bien informado sobre los últimos avances tecnológicos y solía advertir a otros acerca de sus peligros.

—No, señor. En realidad, la teoría de juegos es un campo de las matemáticas que estudia patrones para realizar predicciones sobre el futuro.

—Ah, sí. He leído que hace unos años predijo usted una crisis monetaria europea. Aunque nadie le hizo caso, usted inventó un programa informático que evitó que la Unión Europea se fuera a pique. ¿Qué fue lo que dijo? «A los treinta y tres años, la misma edad que tenía Jesucristo cuando resucitó.»

Kirsch se encogió de hombros.

—Fue una analogía desafortunada, monseñor. Era joven.

—¿Joven? —El obispo se rio entre dientes—. ¿Y cuántos años tiene ahora...? ¿Tal vez cuarenta?

—Exacto.

El anciano sonrió mientras el viento le seguía agitando las faldas de la sotana.

—Bueno, se supone que los humildes han de heredar la Tierra, pero en vez de eso ha ido a parar a los jóvenes, a los expertos en cuestiones tecnológicas, a aquellos que prefieren contemplar pantallas en vez de sus propias almas. Debo admitir que nunca hubiera imaginado que tendría alguna razón para conocer al joven que lidera este cambio. Si no me equivoco, lo llaman a usted «profeta».

—Pues no he sido uno muy bueno en este caso, monseñor —respondió Kirsch—. Cuando pregunté si podía reunirme con usted y sus colegas en privado, calculé que sólo un veinte por ciento de ustedes aceptaría.

—Como les dije a mis colegas, los devotos siempre pueden beneficiarse de escuchar a los no creyentes. Es al oír la voz del diablo cuando mejor podemos apreciar la de Dios. —El anciano sonrió—. Estoy bromeando, por supuesto. Por favor, disculpe mi anquilosado sentido del humor. De vez en cuando me fallan los filtros.

Tras decir eso, el obispo Valdespino le indicó que siguiera adelante.

—Los demás están esperando. Por aquí, por favor.

Kirsch observó su destino: una colosal ciudadela de piedra gris

que colgaba del borde de un escarpado acantilado de cientos de metros. A sus pies podía verse el exuberante tapiz que conformaban las boscosas faldas de la montaña. Algo intranquilo por la considerable altura, apartó la mirada del abismo y siguió al obispo por el sendero serpenteante que se extendía a lo largo del borde del acantilado, y volvió a centrar sus pensamientos en el encuentro que le esperaba.

Había solicitado una audiencia con tres prominentes líderes religiosos que acababan de asistir a un congreso celebrado en ese mismo lugar.

«El Parlamento de las Religiones del Mundo.»

Desde 1893, cientos de líderes espirituales de casi treinta religiones del mundo se reunían cada pocos años en una localización distinta para disfrutar de una semana de diálogo interreligioso. Entre los participantes había una amplia selección de influyentes sacerdotes cristianos, rabinos judíos y mulás islámicos de todo el mundo, así como *pujaris* hinduistas, *bhikkhus* budistas, sacerdotes jainistas, *sikhs* y demás clérigos.

El objetivo del parlamento consistía en «cultivar la armonía entre las religiones del mundo, construir puentes entre distintas espiritualidades y celebrar los puntos de encuentro de todas las fes».

«Una noble intención», pensó Kirsch, a pesar de considerarlo un ejercicio completamente vano; una búsqueda sin sentido de correspondencias aleatorias en medio de un variado surtido de ficciones, fábulas y mitos antiguos.

Mientras el obispo Valdespino lo guiaba por el sendero, Kirsch echó un vistazo por la ladera de la montaña y no pudo evitar un sarcónico pensamiento: «Moisés ascendió una montaña para aceptar la Palabra de Dios... Yo, en cambio, he ascendido otra para hacer lo contrario».

Si bien se había dicho a sí mismo que su motivación era ética, era consciente de que una buena dosis de presunción también alimentaba esa visita; se moría de ganas de sentir la satisfacción de estar sentado cara a cara con esos clérigos y pronosticar su inminente ocaso.

«Tuvisteis vuestra oportunidad de definir nuestra verdad.»

—He visto en su currículum que estudió usted en Harvard —dijo de repente el obispo mirando a Kirsch.

—No llegué a graduarme, pero sí.

—Entiendo. Hace poco leí que, por primera vez en la historia de Harvard, entre los estudiantes nuevos hay más ateos y agnósticos que gente que se identifique como adepta a alguna religión. Se trata de una estadística muy reveladora, Kirsch.

«Qué quiere que le diga —le habría gustado contestarle—, nuestros estudiantes son cada vez más listos.»

El viento soplaba ahora con más fuerza, pero al final llegaron al antiguo edificio de piedra y se adentraron en su interior. En la entrada, tenuemente iluminada, podía percibirse el denso aroma del incienso. Los dos hombres enfilaron a continuación un serpenteante laberinto de oscuros pasillos, y los ojos de Kirsch tardaron un momento en acostumbrarse a la falta de luz. Por fin, llegaron a una puerta de madera inusualmente pequeña. El obispo llamó con los nudillos, agachó la cabeza y, tras cruzarla, le indicó a su invitado que lo siguiera.

Con paso vacilante, Kirsch también cruzó el umbral.

De repente, se encontró en una cámara rectangular cuyas altas paredes estaban completamente cubiertas por unas estanterías repletas de antiquísimos libros encuadrados en cuero. Asimismo, había otras estanterías transversales que sobresalían como costillas y, entre éstas, unos radiadores antiguos de hierro fundido cuyos ruidos metálicos y siseos hacían que uno tuviera la espeluznante sensación de que la sala estaba viva. Kirsch levantó la mirada hacia la ornamentada balaustrada de la balconada que circundaba el segundo piso y supo sin duda alguna dónde se encontraba.

«La famosa biblioteca de Montserrat», cayó en la cuenta, sorprendido por que le hubieran permitido acceder a ella. Se rumoreaba que esa sala sagrada contenía oscuros textos accesibles úni-

camente a aquellos monjes que habían dedicado sus vidas a Dios y que vivían reclusos en el mismo monasterio.

—Pidió usted discreción —dijo el obispo—. Éste es el espacio más privado de que disponemos. Pocas personas ajenas al monasterio han llegado a entrar.

—Es un generoso privilegio. Gracias.

Kirsch siguió al obispo hasta una larga mesa de madera a la que dos ancianos esperaban sentados. Al hombre de la izquierda se lo veía ajado. Tenía los ojos cansados y lucía una enmarañada barba blanca. Iba vestido con un traje negro arrugado, una camisa blanca y un sombrero.

—Le presento al rabino Yehuda Köves —dijo el obispo—, un prominente filósofo judío, autor de una extensa bibliografía sobre cosmología cabalística.

Kirsch extendió un brazo por encima de la mesa y estrechó con educación la mano del rabino.

—Encantado de conocerlo, señor —dijo Kirsch—. He leído sus libros sobre la cábala. No puedo decir que los haya entendido, pero los he leído.

El rabino asintió afectuosamente al tiempo que se secaba sus acuosos ojos con un pañuelo.

—Y éste es el respetado ulema Syed al-Fadl —prosiguió el obispo, señalando al otro hombre.

El venerado erudito islámico se puso de pie esbozando una amplia sonrisa. Era bajo y achaparrado y su jovial sonrisa contrastaba con sus ojos oscuros y penetrantes. Iba vestido con un modesto *zaub* blanco.

—Y yo, señor Kirsch, he leído sus predicciones sobre el futuro de la humanidad. No puedo decir que esté de acuerdo con ellas, pero las he leído.

Kirsch sonrió afablemente y estrechó la mano del hombre.

—Como saben —concluyó el obispo, dirigiéndose a sus colegas— nuestro invitado es un respetadísimo científico informático,

teórico de juegos e inventor, además de algo así como un profeta del mundo tecnológico. Teniendo en cuenta su área de competencia, me sorprendió que solicitara reunirse con nosotros tres. Así pues, dejaré que sea él mismo quien explique por qué ha venido.

A continuación, el obispo Valdespino se sentó entre sus dos colegas, entrelazó las manos y levantó su expectante mirada hacia Kirsch. Los tres ancianos permanecieron sentados ante éste como si formaran un tribunal. El ambiente parecía más el de un proceso inquisitorial que el de una reunión cordial de eruditos. Kirsch se dio cuenta de que el obispo ni siquiera había dispuesto una silla para él.

El científico se quedó mirando a los tres ancianos que tenía delante y se sintió más desconcertado que intimidado. «Así que ésta es la Santa Trinidad. Los Tres Sabios...»

Tras permanecer un momento en silencio para reafirmar su autoridad, Kirsch se dirigió hacia la ventana y echó un vistazo al impresionante panorama que había debajo. Un mosaico de antiguos campos iluminados por el sol se extendía por un profundo valle hasta las irregulares cimas de la sierra de Collserola. Kilómetros más allá, en algún lugar sobre el mar Mediterráneo, un amenazador banco de nubes tormentosas empezaba a formarse en el horizonte.

«Pertinente», pensó a sabiendas de la turbulencia que estaba a punto de causar en esa sala y en todo el mundo.

—Caballeros —comenzó a decir, volviéndose de golpe hacia ellos—, creo que el obispo Valdespino ya les ha comunicado mi petición de confidencialidad. Antes de proseguir, quiero aclarar que lo que voy a compartir con ustedes debe mantenerse en el más estricto secreto. Básicamente, estoy pidiéndoles un voto de silencio. ¿Estamos de acuerdo?

Los tres hombres asintieron, mostrando con ello su consentimiento tácito. Kirsch sabía que, de todos modos, era algo innecesario. «Querrán enterrar esta información, no hacerla pública.»

—Hoy estoy aquí —continuó Kirsch— porque he realizado un descubrimiento científico que, a mi parecer, encontrarán alarmante.

Se trata de algo que llevo muchos años investigando con la esperanza de dar respuesta a las dos preguntas más fundamentales de la experiencia humana. Ahora que lo he conseguido, he querido reunirme específicamente con ustedes porque creo que esta información afectará al mundo de la fe de un modo tan profundo que sólo puede describirse como, digamos, «disruptivo». De momento, yo soy el único que conoce la información que estoy a punto de revelarles.

Kirsch se metió una mano en un bolsillo de la americana y sacó un teléfono móvil de grandes dimensiones diseñado y fabricado por él mismo para satisfacer sus propias necesidades. Un mosaico de un vibrante color turquesa decoraba la funda del teléfono. Kirsch lo sostuvo en alto ante los tres hombres como si fuera un pequeño televisor. Al cabo de un momento, el aparato se conectaría a un servidor ultrasecreto, Kirsch introduciría su contraseña de cuarenta y siete caracteres y les mostraría un vídeo.

—Lo que están a punto de ver —dijo Kirsch— es el borrador de un anuncio que espero compartir con el mundo en más o menos un mes. Antes de hacerlo, sin embargo, quería mostrárselo a algunos de los pensadores religiosos más influyentes para comprobar cómo recibirán esta noticia aquellos a quienes más afecta.

Más aburrido que preocupado, el obispo exhaló un sonoro suspiro.

—Un intrigante preámbulo, señor Kirsch. Habla usted como si lo que está a punto de enseñarnos fuera a sacudir los cimientos de todas las religiones.

Kirsch echó un vistazo alrededor del antiguo depósito de textos sagrados y pensó: «No sacudirá sus cimientos. Los destruirá».

Luego examinó con atención a los hombres que tenía delante. Lo que no sabían era que, en apenas tres días, tenía inención de hacer hacer pública esa presentación en un fastuoso evento meticulosamente planeado. Cuando lo hiciera, la gente de todos los países del mundo se daría cuenta de que, efectivamente, las enseñanzas de todas las religiones tenían una cosa en común.

Todas estaban completamente equivocadas.

El profesor Robert Langdon levantó la mirada hacia el perro de doce metros de altura que había en medio de la plaza. El pelaje del animal estaba formado por un tapiz orgánico de hierba y flores aromáticas.

«Estoy haciendo un esfuerzo por apreciarte —pensó—. De veras.»

Langdon permaneció un rato examinando la criatura y luego siguió adelante por una pasarela suspendida. Ésta desembocaba en una extensa escalinata cuyos desiguales escalones parecían querer impedir que el visitante recién llegado pudiera mantener su ritmo y su zancada habituales. «Misión cumplida», decidió, después de casi estar a punto de tropezar en dos ocasiones.

Al llegar al pie de la escalera, se detuvo de golpe y se quedó mirando la enorme estatua que tenía delante.

«Ahora sí que lo he visto todo.»

Ante sus ojos se elevaba una enorme viuda negra. Sus esbeltas patas de hierro sostenían un cuerpo bulboso que se encontraba a unos diez metros de altura. Del abdomen del animal colgaba un saco de huevos hecho con una malla metálica y en cuyo interior había unas esferas de cristal.

—Se llama *Mamá* —dijo una voz.

Langdon bajó la mirada y vio que debajo de la araña había un hombre delgado. Vestía un *sherwani* brocado de color negro y lucía un cómico bigote con las puntas curvadas a lo Salvador Dalí.

—Me llamo Fernando y estoy aquí para darle la bienvenida al

museo —dijo a continuación, y luego examinó la colección de etiquetas identificativas que descansaban en la mesa que tenía delante—. ¿Le importaría decirme su nombre, por favor?

—Por supuesto. Robert Langdon.

El hombre levantó la vista de golpe.

—¡Vaya! ¡Lo siento, señor! ¡No lo había reconocido!

«Ni yo mismo me reconozco —pensó Langdon, ataviado como iba con un frac negro y pajarita y chaleco blancos—. Parezco un miembro de los Whiffenpoof.» El atuendo clásico que vestía tenía casi treinta años y era un vestigio de su época como miembro del club Ivy de Princeton. Afortunadamente, gracias a la rutina de largos que hacía en la piscina todavía le quedaba bastante bien. Con las prisas, había cogido la percha equivocada del armario y había dejado atrás su esmoquin habitual.

—En la invitación se indicaba que había que ir de etiqueta —dijo Langdon—. Espero que el frac sea apropiado.

—¡El frac es un clásico! ¡Está usted elegantísimo!

El hombre se acercó rápidamente a él y le pegó con cuidado la etiqueta identificativa en la solapa de la chaqueta.

—Es un honor conocerlo, señor —añadió el hombre del bigote—. Imagino que no es la primera vez que nos visita, ¿verdad?

Langdon echó un vistazo a las patas de la araña y al reluciente edificio que había detrás.

—En realidad, me avergüenza admitir que sí.

—¡No puede ser! —dijo el hombre, fingiendo asombro—. ¿Es que no le gusta el arte moderno?

Langdon siempre había disfrutado del desafío que suponía el arte moderno. Especialmente del hecho de intentar averiguar por qué determinadas obras estaban consideradas obras maestras: las salpicaduras de Jackson Pollock, las latas de sopa Campbell de Andy Warhol, los sencillos rectángulos de color de Mark Rothko... Aun así, se encontraba mucho más cómodo discutiendo sobre el simbolismo religioso de El Bosco o la técnica de Francisco de Goya.

—Mis gustos son más bien clásicos —respondió—. Me resulta más accesible Da Vinci que De Kooning.

—Pero ¡si Da Vinci y De Kooning son muy parecidos!

Langdon sonrió con paciencia.

—Entonces está claro que he de aprender un poco más sobre De Kooning.

—¡Pues ha venido usted al lugar adecuado! —El hombre hizo un amplio movimiento con el brazo para señalar el edificio—. ¡En este museo encontrará una de las mejores colecciones de arte moderno del mundo! Espero que disfrute.

—Y yo —respondió Langdon—. Aunque desearía saber por qué estoy aquí.

—¡Usted y todos los demás! —El hombre se rio alegremente al tiempo que negaba con la cabeza—. Su anfitrión se ha mostrado muy reservado respecto al propósito del evento. Ni siquiera los empleados del museo sabemos qué va a suceder. El misterio forma parte de la diversión. ¡No dejan de circular rumores! Dentro ya hay varios cientos de invitados, entre los cuales muchas caras conocidas, y nadie tiene ni idea de cuál es el programa de la noche.

Langdon sonrió. Muy pocos anfitriones tendrían la valentía de enviar en el último momento una invitación en la que sólo se podía leer: «Sábado por la noche. No faltes. Confía en mí». Y todavía menos serían capaces de persuadir a cientos de personalidades para que lo dejaran todo de lado y volaran al norte de España para asistir al evento.

Langdon dejó atrás la araña y siguió adelante con los ojos puestos en la pancarta roja que ondeaba sobre su cabeza.

UNA VELADA CON EDMOND KIRSCH

«Desde luego, a Edmond nunca le ha faltado seguridad en sí mismo», pensó.

Unos veinte años atrás, el joven Eddie Kirsch había sido uno de los primeros estudiantes de Langdon en la Universidad de Harvard. Por aquel entonces, era un greñudo friqui de los ordenadores cuyo interés en los códigos lo había llevado a asistir al seminario que el profesor impartía a los estudiantes de primer año: «Códigos, claves y el lenguaje de los símbolos». La sofisticación del pensamiento de Kirsch lo impresionó muchísimo y, a pesar de que el joven abandonó el polvoriento mundo de la semiótica por las relucientes promesas de la informática, se estableció entre ellos un vínculo que los había mantenido en contacto durante las dos décadas que habían transcurrido desde entonces.

«Ahora el alumno ha superado al profesor —pensó Langdon—. Por mucho.»

En la actualidad, Edmond Kirsch era un prodigio de renombre mundial. A sus cuarenta años, este científico informático, futurólogo, inventor y empresario multimillonario había inventado una gran variedad de tecnologías avanzadas que suponían innovaciones trascendentales en campos tan diversos como la robótica, la neurociencia, la inteligencia artificial y la nanotecnología. Sus acertadas predicciones sobre futuros avances científicos habían creado a su alrededor un aura mística.

Langdon sospechaba que el escalofriante don de Edmond para la predicción se debía a sus conocimientos asombrosamente amplios sobre el mundo que lo rodeaba. Desde que podía recordar, había sido un insaciable bibliófilo que leía todo aquello que caía en sus manos. La pasión que sentía por los libros y la capacidad que tenía para absorber su contenido sobrepasaba cualquier cosa que el profesor hubiera visto nunca.

En los últimos años, Kirsch había vivido sobre todo en España, elección que atribuía al encanto del Viejo Mundo que poseía ese país, así como a la atracción que sentía por su arquitectura vanguardista, sus extravagantes bares y su clima perfecto.

Una vez al año, cuando regresaba a Cambridge para dar una

conferencia en el Media Lab del Instituto Tecnológico de Massachusetts, iban a comer juntos a alguno de los lugares de moda en Boston y que Langdon, claro está, desconocía por completo. Sus conversaciones nunca versaban sobre tecnología. Kirsch sólo quería hablar con él sobre arte.

—Nuestros encuentros son mi vínculo con la cultura, Robert. ¡Mis clases particulares con el soltero más entendido en arte del mundo! —solía bromear Kirsch.

La pulla sobre el estado civil de Langdon resultaba particularmente irónica en boca de alguien asimismo soltero, que consideraba la monogamia «una afrenta a la evolución» y que en los últimos años había sido fotografiado con una amplia colección de supermodelos.

Teniendo en cuenta su reputación de innovador en el mundo de la ciencia informática, uno habría podido imaginar que se trataba de un cohibido friqui de la tecnología. Sin embargo, Edmond se había convertido en un moderno icono pop que se desenvolvía en círculos de celebridades, vestía a la última, escuchaba arcana música *underground* y tenía una amplia colección de valiosas obras de arte impresionistas y modernas. A menudo, solía escribir correos electrónicos a Langdon pidiéndole consejo sobre las piezas que estaba considerando incluir en su colección.

«Para hacer luego exactamente lo contrario», pensó Langdon.

Hacía aproximadamente un año, lo había sorprendido al dejar a un lado las cuestiones artísticas e interesarse por Dios, un tema extraño para un ateo declarado. Mientras comían un asado de tira poco hecho en el restaurante Tiger Mama de Boston, su antiguo alumno le preguntó por las creencias fundamentales de varias religiones del mundo y, en particular, sobre sus distintos relatos de la Creación.

Langdon le resumió los aspectos principales de diferentes creencias: del relato del Génesis, que compartían el judaísmo, el cristianismo y el islam, a los del Brahma hindú, el Marduk babilónico y otros.

—Siento curiosidad —preguntó Langdon cuando salieron del restaurante—. ¿Cómo es que un futurólogo como tú está tan inte-

resado en el pasado? ¿Significa esto que nuestro famoso ateo ha encontrado por fin a Dios?

Edmond soltó una sonora carcajada.

—¡Vas listo! Sólo estoy midiendo a la competencia, Robert.

Langdon sonrió. «Típico.»

—Bueno, la ciencia y la religión no son competidores, sino dos lenguajes que intentan contar la misma historia. En el mundo hay lugar para ambos.

Tras ese encuentro, Edmond desapareció durante casi un año hasta que, inesperadamente, tres días atrás Langdon recibió un sobre de FedEx con un billete de avión, una reserva de hotel y una nota manuscrita instándolo a asistir al evento de esa noche. En ésta se podía leer: «Robert, significaría mucho para mí que tú especialmente pudieras asistir. Los perspicaces comentarios que hiciste durante nuestra última conversación han ayudado a hacer posible el evento de esta noche».

Langdon se sintió desconcertado. Nada en esa conversación parecía relevante siquiera remotamente para un evento organizado por un futurólogo.

El sobre de FedEx también incluía una imagen en blanco y negro de dos personas que estaban mirándose cara a cara. Kirsch había escrito asimismo un breve texto:

Robert:

*Cuando nos encontremos cara a cara,
desvelaré el vacío.*

EDMOND



Langdon sonrió al ver la imagen: se trataba de una ingeniosa alusión a un episodio en el que se había visto implicado unos años antes. En el espacio que había entre ambas caras podía distinguirse la silueta de un cáliz o grial.

Ahora se encontraba a las puertas del museo, impaciente por descubrir qué diantre pensaba anunciar su antiguo alumno. Una ligera brisa agitó los faldones de su chaqueta mientras avanzaba por la explanada de cemento que había entre el edificio y la ribera de la sinuosa ría del Nervión, antaño el alma de una pujante ciudad industrial. El aire olía vagamente a cobre.

Al final, levantó la mirada y se permitió a sí mismo admirar el enorme y resplandeciente museo. La estructura era imposible de abarcar de un simple vistazo. Sus ojos, pues, deambularon de un lado a otro de la estructura de extrañas líneas deformadas.

«Este edificio no se limita a romper las reglas —pensó—. Las ignora por completo. Es un lugar ideal para Edmond.»

El museo Guggenheim de Bilbao daba la impresión de haber salido de una alucinación alienígena: se trataba de un remolineante *collage* de combadas formas metálicas que parecían haber sido colocadas unas sobre otras de un modo casi aleatorio. Ese caótico amontonamiento de bloques de formas curvas estaba recubierto por más de treinta mil placas de titanio que resplandecían como las escamas de un pez y proporcionaban a la estructura una apariencia a la vez orgánica y extraterrestre, como si un Leviatán futurista hubiera salido del agua para tomar el sol a la orilla del río.

Cuando el edificio se inauguró en 1997, la revista *The New Yorker* aclamó a su arquitecto, Frank Gehry, por haber diseñado «un buque de ensueño fantástico hecho de formas ondulantes envueltas en una capa de titanio». Asimismo, muchos otros críticos de todo del mundo se deshicieron en elogios: «¡El edificio más importante de nuestra época!», «¡Temperamental genialidad!», «¡Una asombrosa gesta arquitectónica!».

Desde la inauguración del museo, habían sido erigidos en todo

el mundo muchos otros edificios «deconstructivistas»: el Auditorio Walt Disney de Los Ángeles, el BMW World de Múnich o incluso la nueva librería alma máter de Langdon. Todos se caracterizaban por su radical diseño y su construcción poco convencional y, sin embargo, Langdon dudaba de que ninguno de ellos pudiera compararse con el Guggenheim de Bilbao en cuanto al impacto que causaban.

A medida que uno se acercaba al edificio, la fachada parecía metamorfosearse a cada paso ofreciendo al visitante una nueva personalidad según el ángulo en el que se encontrara. Finalmente, la ilusión más dramática del museo quedó a la vista de Langdon: por increíble que pudiera parecer, desde esa perspectiva la colosal estructura parecía estar literalmente flotando a la deriva en las aguas de un enorme estanque «infinito» cuyas olas lamían las paredes exteriores del museo.

El profesor se detuvo un momento para maravillarse ante el efecto y luego se dispuso a cruzar el estanque a través del puente minimalista que se arqueaba por encima de la cristalina extensión de agua. A medio camino, un ruido fuerte y siseante lo sobresaltó. Parecía proceder del suelo del puente. Langdon se detuvo de golpe al tiempo que una neblina se arremolinaba y comenzaba a elevarse alrededor de sus pies. El espeso velo de niebla ascendió y se extendió en dirección al museo, engullendo la base de toda la estructura.

«La escultura de niebla», pensó.

Había leído sobre esa obra de la artista japonesa Fujiko Nakaya. La «escultura» era revolucionaria porque estaba hecha de aire: consistía en un muro de niebla que se materializaba cada tanto y luego se disipaba lentamente. Como las brisas y las condiciones atmosféricas nunca eran idénticas de un día para otro, cada vez que aparecía era distinta.

El puente dejó de sisear, y Langdon contempló cómo el muro de niebla se asentaba sobre el estanque, remolineando y cubriéndolo todo como si tuviera mente propia. El efecto era al mismo

tiempo etéreo y desorientador. Todo el museo parecía estar flotando sobre el agua, descansando ingravidamente sobre una nube cual barco fantasma perdido en el mar.

Justo cuando se disponía a seguir adelante, la tranquila superficie del agua se vio sacudida por una serie de pequeñas erupciones. De repente, cinco pilares de fuego salieron disparados del estanque hacia el cielo, retumbando cual cohetes a través del aire neblinoso y proyectando sus relucientes estallidos de luz sobre las placas de titanio del museo.

El gusto arquitectónico del propio Langdon tendía más al clasicismo de museos como el Louvre o el Prado y, sin embargo, mientras contemplaba la niebla y las llamaradas que había sobre el estanque, fue incapaz de pensar en un lugar más adecuado que ese museo ultramoderno para que un hombre que amaba el arte y la innovación y que tenía una visión tan clara del futuro celebrara un evento.

Abriéndose camino entre la niebla, se dirigió finalmente hacia la entrada del edificio, una ominosa abertura negra en la estructura reptiloide. Al acercarse al umbral, no pudo evitar la desasosegante sensación de estar entrando en la boca de un dragón.